

Ecologías para la paz



Edwin Monsalve. *Transmutaciones (Ceiba Pentandra)*. Planta recolectada, acuarela, cinta botánica y grafito sobre papel. 45 x 75 x 5 cm. 2014-2016. Fotografía: cortesía artista

1

¿Se ha preguntado que podría pasar en nuestro país si se llegara a alcanzar la paz? ¿cómo sería su vida? Yo sí, y me sorprende lo que aparece en mi mente. Incluso me asusta.

Al asumir esta pregunta deviene otra, la que nos lleva al problema de qué entendemos por, o a qué cosa llamamos paz. Carl Schmitt, filósofo jurídico alemán —a quien se le debe la distinción amigo / enemigo—, para precisar esta inquietante palabra deja ver que la guerra es definida como ausencia de paz, y viceversa; una sentencia fascinante que deja claro, entre muchas otras cosas, que una noción no existe sin la otra, que al ser una el significante de la otra y, a la vez, significado, son tan cercanas como la sombra de su cuerpo que corre bajo

el sol. Guerra y paz son dos caras de la misma moneda.

Quizá el primer conflicto que tuvo que sortear la humanidad fue el que le propuso su entorno. Al enfrentar las dificultades que les impuso la naturaleza, los primeros grupos humanos supieron ponerse por encima de ella y pretendieron cierta dominación; es decir, buscaron el aprovechamiento de la tierra y las aguas y la domesticación de algunos animales. No obstante, cabe pensar que ese conflicto que se puede ver a la distancia, que nos brinda el tiempo, no fue tal; que las primeras comunidades de *sapiens* se sintieron, vieron y desarrollaron como parte de su entorno, sin pretender dominarlo; por el contrario, leyeron audazmente las leyes

de la naturaleza y, así, acudiendo a la razón, herramienta que les dio la ventaja frente a otras especies, lograron por muchos años vivir en armonía con su espacio vital para dedicarse a encontrar enemigos en otras comunidades, otros fenómenos, otros seres.

No hay duda de que el conflicto, que podríamos ubicar entre la guerra y la paz, ha sido motor del cambio. Si se supera, se aprende y, a la larga, se avanza en el proceso de enfrentar nuevos problemas, nuevos conflictos, y aun si se fracasa en el intento, es factible aprender, pese a que se haya expuesto la vida y no se haya obtenido garantía de prosperidad. Un aprendizaje claro en esa relación compleja con la naturaleza ha sido la clasificación de las especies según familias taxonómicas de fauna y la flora. Hoy conocemos casi todo lo que habita y crece sobre la tierra. Los mares, igualmente, han sido escrutados y parece que los misterios son cada vez más escasos, aunque microscópicamente se amplíe el espectro y, lo que era pequeño, a la luz de la lupa se vea nuevamente monstruoso. En suma, sin desfases se ha cumplido el Génesis hebreo cuando refiere la creación del hombre y la mujer diciendo: "... los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra" (Génesis, 1:28).

El conflicto es latencia, es palpito, conato e impulso vital. Somos altivos, buscamos ganar siempre y sacar ventaja de todo y bajo cualquier situación; de ahí depende, claramente, la supervivencia, y nuestro instinto lo tiene muy claro. Siempre estamos resolviendo un asunto, una pregunta, un acertijo o percance. Las dimensiones y magnitudes de los problemas cambian, por supuesto; no es lo mismo despejar la duda entre si usar una camisa de color o no para salir en la mañana, a tener que tomar partido en una pelea familiar, o a participar de una acción de resistencia social frente al mal-

trato animal, en tiempos de ferias taurinas. Las dimensiones de los conflictos nos hacen distintos, nos presentan diferentes o cercanos a otros.

Inspirados en la vida y obra de José Celestino Mutis, convocados y comprometidos con la comisión que lleva su nombre, la Universidad de Antioquia se propone este semestre pensar la relación entre paz y medio ambiente, dos frentes de trabajo claramente definidos en el Plan de Desarrollo 2017-2027, con los que se busca generar conciencia sobre sus límites y alcances. El nombre de este semestre temático, Ecologías para la paz, al margen de señalar los peligros que enfrentan las zonas protegidas, gracias a sus riquezas ambientales, y la falta de escrúpulos de quienes aguardan impacientes que se apacigüe la guerra para entrar a devastar, busca hacernos reflexionar sobre lo que somos. Nos lleva a pensar si sumamos en nuestro entorno natural, a definirnos como seres del trópico, con todas sus riquezas en color, vientos, aromas, ritmos, sabores y muchas más cosas que sólo son posibles aquí, en una tierra que emerge entre dos océanos para convertirse en montaña y comenzar a bajar como cordillera, un territorio comprometido a ir por el agua a las nubes para alimentar las llanuras que nos alimentarán, a su vez, a nosotros.

La portada y las imágenes que acompañan esta *Agenda Cultural Alma Máter* hacen eco al trabajo de los dibujantes que acompañaron al sacerdote, médico, geógrafo y botánico en su gesta naturalista por la América equinoccial. Esta vez, el joven artista Edwin Monsalve, quien además es docente de nuestra Alma Máter, se ocupó de seleccionar las especies que se encuentran actualmente en vía de extinción para representarlas tal cual fue su original retrato. *Expedición extinción* es un trabajo delicado que se ampara en el frágil equilibrio de la naturaleza. El pigmento usado es clorofila extraída con alcohol a plantas similares, en su apariencia, por tanto no hay garantía de la longevidad de estas representaciones de las esquelas alcanza-



Edwin Monsalve. Vista exposición *La imposibilidad del paisaje II*. Fotografía: cortesía artista

das por los expertos dibujantes científicos. A la larga, se irán, se esfumarán como el éter en una tarde soleada. A cada imagen policromada corresponde otra negra, esta vez ejecutada con petróleo. Una sustancia que con seguridad durará mucho más que la leve clorofila de las flores y sus tallos. Alberto Gómez Gutiérrez, Juan Esteban Villegas-Restrepo, Gisela Posada, Liliana Pérez Moncada y el equipo de la colección Savia son los demás colaboradores de este número que pretende hacer un cruce fascinante entre una tierra indómita y sus habitantes. Van, al final, dos poemas de Mutis, el otro poeta, Álvaro, con la conjunción siempre sugerente entre la lujuriosa naturaleza y la cansada humanidad.

Mutis caminó entre estas mismas montañas andinas con la Real Expedición Botánica del

Nuevo Reino de Granada tres décadas entre los siglos XVIII y XIX, cuando realmente se comenzó a descubrir a América del sur. Más de veinte mil especies botánicas y siete mil animales fueron tipificados por esta empresa colosal que buscaba reconocer un territorio tan exuberante como mágico, con todos los retos para sus nuevos inquilinos, los mismos que lograron hacer sus vidas con las de los nativos, los dos hoy extintos. No somos más los llegados o los anfitriones, somos la suma de las dos partes, con una diferencia adicional: al parecer no hemos logrado entender la tierra que pisamos, de ahí mi miedo a la anhelada paz, se me cruzan imágenes de violencia y guerra para con el entorno natural que nos da la vida.

Oscar Roldán-Alzate



Edwin Monsalve. *Expedición Extinción II (Exoremis Coarctata)*. Petróleo, carbón mineral, cinta botánica y grafito sobre papel. 52 x 70,5 x 5 cm. 2016-. Fotografía: Carlos Tobón